25 AÑOS DE MALVINAS

Las marcas de la GUERRA

La patria, la guerra, el heroísmo, la derrota, el engaño. Los símbolos de Malvinas que ocultan una realidad concreta que la sociedad aborda entre la exaltación y el rechazo. Los veteranos, que siguen siendo las principales víctimas de la guerra y de ese trato ambivalente de los argentinos. Las izquierdas que se sumaron y las que criticaron.



Escriben
Marta Dillon
Edgardo Esteban
Andrés Fontana
Luis Bruschtein
Horacio Tarcus
León Rozitchner
Federico Lorenz

Por Marta Dillon

Las preguntas que no se hacen, lo que es preferible no saber

Sobrevivientes de una guerra, la identidad de los ex combatientes es una carga que muchas veces no se quiere reconocer. El diálogo difícil entre los que estuvieron en la guerra y los que no.

No se hizo silencio de inmediato; la escena tampoco lo permitía: una reunión de amigos una tarde de domingo, esas en que los niños corren entre los pies de los adultos liberados de la mirada vigilante porque "los grandes" están en sus cosas. Tomando los últimos tragos, riéndose de sus propias y discordantes travesuras. Lo que él empezó a relatar, de todos modos, no tenía que ver con una travesura y por eso, a pesar de que el silencio tardó en imponerse, cierta reverencia introspectiva tomó por asalto la tarde. ¿Y qué contó? Muy poco, ni más ni menos que había estado en Malvinas y había sobrevivido. No se coló la sangre en su relato, tampoco esa imagen de frío y hambre en la que suelen estar congelados en el imaginario los que un día fueron conscriptos y al siguiente sobrevivientes. El habló de pie, nombró a la Compañía Mecanizada 10, dijo que había sido prisionero de guerra, que había vuelto mucho después de que hubiera terminado la guerra, aunque mucho después fueran sólo 15 días, los suficientes para que el foco de atención general se desplazara de la guerra al Mundial de 1982, del que todavía el equipo argentino no había sido eliminado. No fue, entonces, el peso de las palabras lo que convocó al silencio; fue por el hueco de lo que no había sido dicho en tanto tiempo por el que caímos como si de su boca se hubiera movido la piedra de un pacto que nos protegía a todos. Por la pendiente de lo que era preferible no saber, no imaginar ni prever fue por donde caímos quienes escuchábamos, aun cuando fuera lógico que entre nosotros, gente de entre 39 y 45, clases '62 a '67, dirían los milicos, hubiera algún sobreviviente de Malvinas. Algún ex combatiente. ¿Pero cómo? ¿Es que no se nota esa experiencia en el cuerpo de quien la atravesó? ¿Cómo había sido posible que nunca antes se cuele en el relato el recuento de esos 60 días? ¿O es que de tanto habernos refugiado de lo que no se quería ver dejamos que la figura del ex combatiente se clausurara en la ropa camuflada de los que reparten calcomanías en el subte? ¿Es más fácil no ver, no escuchar esas experiencias enmascaradas por el camuflaje como si fuera necesario exigirles a los actores de la guerra que desprecien "lo militar" si quieren ser aceptados? ¿O acaso no corrió desbordado el entusiasmo por la gesta entre los civiles que tejían bufandas, escribían cartas o hacían sus donaciones?

Para que el relato que aquella tarde, para que la identidad que se forjó atravesada por la experiencia pudiera develar sus marcas hubiera sido necesario querer escuchar. Y lo cierto es que esa escucha todavía hoy se retoba, como si ante la imposibilidad de poner en un cajón bien ordenado las voces y los hechos la única salida fuera la ignorancia elegida. ¿Qué, quiénes son los sobrevivientes de Malvinas? ¿Es sobreviviente la palabra que hay que usar o es una trampa del lenguaje que sin más los homologa con los sobrevivientes de los campos de concentración de la dictadura cuyas voces todavía suelen sopesarse con desconfianza? Ellos no se llaman sobrevivientes a pesar de haber sobrevivido. Ex combatientes es la figura que eligen, corriéndose del lugar de la víctima pasiva para hacer lugar a la acción que buscan nombrar aunque nadie escuche.



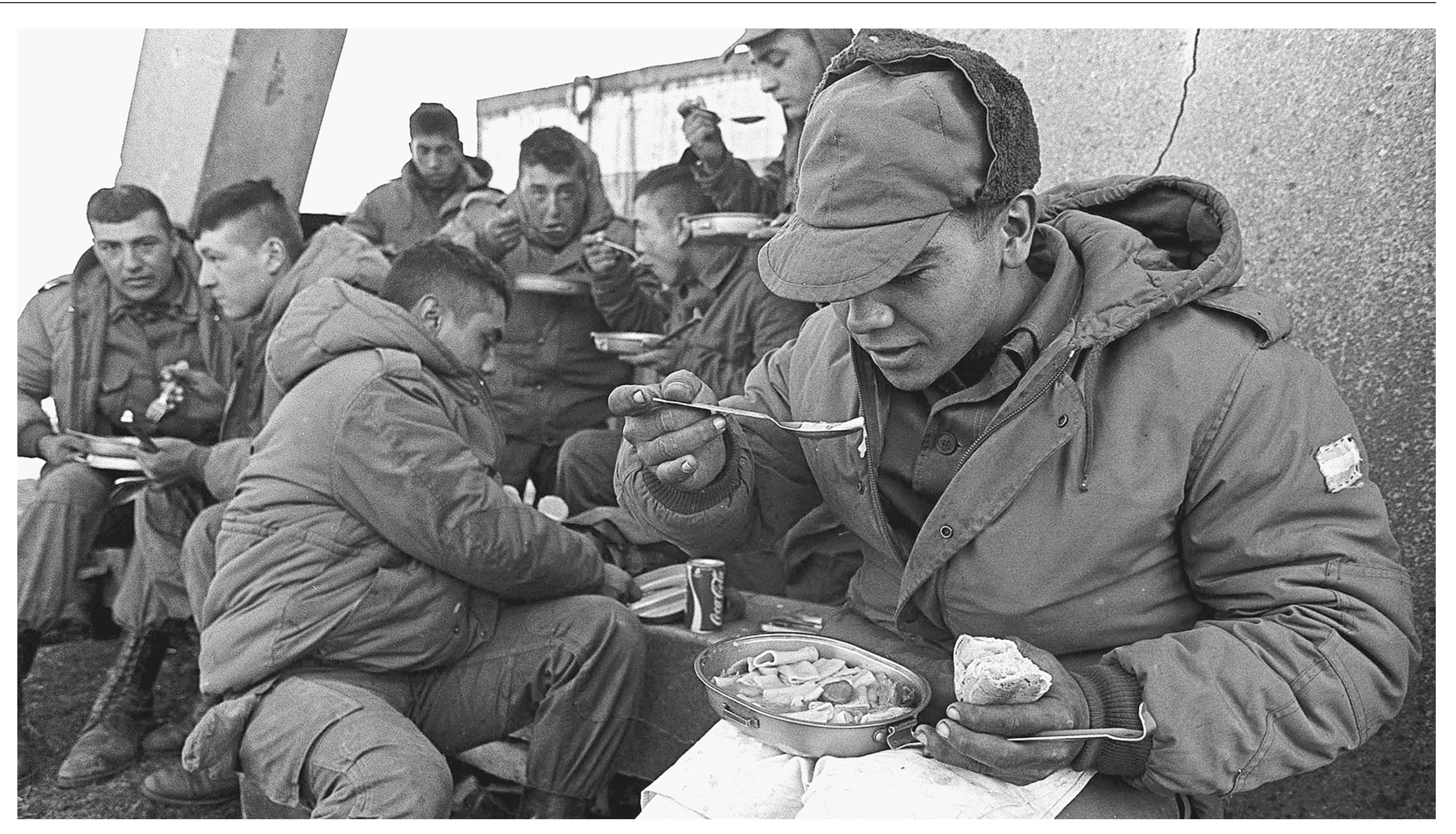
"Cuando volví, en los primeros días de julio, llegué a mi casa, comí, me bañé y me fui al kiosco. Me quedé un rato mirando los diarios y las revistas porque hacía más de un mes que no tenía ninguna información. No había una sola alusión a Malvinas, tampoco en la tele o la radio ni en ningún lado. Entonces para qué, si no querían escuchar yo tampoco quería contar", me dice ahora Adrián Rocha Novoa, fotógrafo profesional, padre de una hija, el hombre que silenció la reunión de la que hablaba al principio y que sucedió 20 años después de la primera vez que nos vimos. Y además, explica, si hubiera podido olvidarse entonces de lo que había vivido hubiera tomado esa opción con gusto. Por eso, tal vez, no le sorprendió que su familia no preguntara. "Creo que tenían miedo de que me pusiera loco, triste o que me tirara por la ventana." ¿A quién querían proteger?, ¿a quién queríamos o queremos proteger quienes no preguntamos?, ¿qué es lo que habría que preguntar? Otros nombres me vienen a la cabeza: José Luis, Damián, Hernán. Chicos que volvieron distintos y retomaron sus cosas en mayor o menor medida, que ya no se reían igual, eso seguro, pero por eso mismo, me acuerdo, sus amigos elegíamos no preguntar. Mejor no, por ahí se pone mal, decíamos por lo bajo. Si alguno de ellos, más tarde, se calzó el uniforme verde para hacerse visible, ya no lo supe; paradójicamente, no lo vi.

Adrián me acerca otra anécdota de esos primeros años de la vuelta de la democracia en los que al menos en los cantos populares ("qué pasó con las Malvinas, esos chicos ya no están") la guerra formaba parte de las cuentas por saldar y sus muertos merecían justicia (claro, el problema son los que volvieron): "Un día estaba en una reunión con siete u ocho pibes radicales, todos de mi edad, era la primavera alfonsinista. No sé por qué salió el tema y todos se pusieron a especular sobre en qué condiciones estarían los que habían vuelto de Malvinas. Llegaron a la conclusión de que todos debían tener un trauma, físico o psiquiátrico. Entonces yo me animé y dije que era ex combatiente, como para que no generalicen. Lo vivieron como una traición, que hubiera estado ahí escuchando lo que decían, sin avisar. Evidentemente, de saber quién era yo, no hubieran ido tan lejos". Locos, proclives a la depresión, filomilitares; otros. Sin lugar para el orgullo por una "gesta" que el consenso señala como mera manipulación política. ¿Y quién quiere ser héroe de un absurdo? Héroes, coinciden los ex combatientes, son los que quedaron allá, enterrados con o sin nombre. Aunque frente a los hechos cada uno sepa cuánto de su heroísmo puso en juego para volver a casa.



¿Cómo se cuenta, entonces, más allá de quienes desde el principio asumieron su calidad de ex combatientes y quedaron asimilados a la imagen mendicante que se endilga a las asociaciones que los agrupan? No es algo que se diga así como así, es una revelación que se entrega cuando la confianza lo amerita. Cuando se pone en juego la historia de vida pero a la vez, como relata Rocha Novoa, a modo de aviso: "Para mí puede ser un detalle más en mi vida, según la época, mayor o menor. Pero para otras personas puede ser sencillamente mayor". Y según su experiencia, ahí es donde se presenta una pregunta, a veces formulada, otras encubierta: ¿mataste a alguien? "Con todo lo que vi a mi alrededor, con la cantidad de veces que pude haber muerto, para mí es una pregunta distorsiva; hayas matado uno o 20 es mejor no hacer la cuenta porque yo estaba del otro lado. Pero me doy cuenta de cuántas ganas tienen de hacérmela". Es curioso, tal vez porque no tengo capacidad más que para mirarme en mi propio espejo, pero la forma en que este ex combatiente relata la administración de su relato me recuerda a esa revelación que me acompaña hace años: tengo vih. Una comparación arbitraria si se quiere, pero que guarda cierto paralelo en cuanto a la relevancia que tiene para los demás, en cuanto a los datos que necesitan quienes la escuchan para dirimir si se está frente a una víctima o a un posible culpable de cargar el estigma que le tocó.

¿Hay una escucha distinta a los relatos de los ex combatientes 25 años después de aquellos 60 días en los que se comprimió la gloria y la derrota (palabra que tanto cuesta nombrar en cualquier punto del arco político)? ¿Cuánto más allá de la fecha puede sobrevivir la conciencia de que quienes volvieron fueron muriendo en silencio mucho después de la guerra?, ¿cuánto, el hecho de que cuando van a cobrar sus pensiones quienes pagan y quienes están en la cola del banco creen que los ex combatientes sólo son testaferros de sus parientes mayores? ¿Cómo contarles a los hijos y las hijas, en primera persona, lo que es una guerra? Esos chicos por los que pedía el canto de los '80 al mismo tiempo que reclamaba por los desaparecidos siguen siendo jóvenes y están entre nosotros. Estas preguntas, entonces, sólo pueden hacerse en primera persona.



"Sacar nuestro infierno interior y empezar a curar las heridas"

La experiencia de un ex combatiente, el dolor de la guerra, el regreso sin gloria, su visión del futuro y una pregunta: ¿por qué no se habla de Malvinas?

Por Edgardo Esteban *

Los recuerdos de la guerra son imborrables y esas postales de aquellos días de 1982 cuando con 18 años nos encontramos en medio del horror de las bombas siempre están. Para los que estuvimos en Malvinas fue una experiencia crucial que nos hizo crecer de golpe, tras conocer la muerte que nos acechó durante los 73 días que duró el conflicto bélico. Las heridas siguen abiertas, conviviendo con ese pasado, en donde uno se sumerge constantemente en los laberintos de la memoria que nos marcó a fuego la crueldad de la guerra. Los recuerdos siguen intactos como fantasmas que cada mañana trato de alejar aferrándome a la vida.

A 25 años de esa guerra que tantos quisieron silenciar, olvidar y otros esconder, destaco que siempre traté de rescatar la parte humana. Recordar Malvinas no es sólo profundizar lo vivido durante la guerra, sino lo que vino después, tras el regreso, dando lugar al nacimiento de una nueva lucha en el interior de cada uno de los que estuvimos allí. El fin del combate implicó un desafío constante por reinsertarnos en la sociedad de la cual habíamos salido y que, cuando volvimos de las islas escondidos por nuestros superiores, ya no era la misma. Era ajena, distante y parecía ignorarnos.

La posguerra fue un volver a empezar con la carga de una experiencia que nos partió en dos, pero también fue el comienzo de un doloroso camino para una gran cantidad de soldados que regresamos con las manos vacías, los sentimientos destrozados por el horror vivido y por el porvenir que ya no sería el mismo. De alguna forma se combatió a los propios ex combatientes, dándonos en buena parte la espalda, obligándonos a la marginación, al olvido, a la indiferencia que padecimos después y que aún continúa. Nuestra sociedad no nos supo entender y en muchos casos nos empujó hasta el límite, dándonos como única salida el suicidio. Será por eso que hoy los ex combatientes que se quitaron la vida superan a los muertos en combate; son más de 350 los casos de suicidios.

Además de ser los grandes derrotados, parecíamos los responsables de esa derrota a la que llegamos por decisión militar. A partir de allí hubo un acuerdo tácito para olvidar la guerra, tuvimos que soportar que nos escondieran y nos aconsejaran borrar de nuestras mentes lo vivido, obligándonos a callar lo ocurrido. Pero la memoria con su verdad golpea una y otra vez la conciencia de quienes prefieren ignorarla. Hablar fue lo primero que nos prohibieron y el dolor quedó adentro de cada uno de los adolescentes que volvimos hasta volverse en muchos casos insoportable para seguir viviendo. Gritar lo que nos pasó fue el primer paso para sacar nuestro infierno interior y empezar a curar las heridas. ¿Por qué no hablar de Malvinas?

Justicia y memoria

Como dice Gabriel García Márquez, "la vida no es lo que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla". Hay tantas miradas de Malvinas como protagonistas de esa guerra. Esas miradas nos ayudan a ir reconstruyendo, a pensar y reflexionar sobre los errores y los aciertos de nuestra propia historia, la que nos conforma como argentinos. Debemos resaltar los actos de valor y de heroísmo y continuar en el justo reclamo de soberanía que tiene nuestro país desde 1833 y que es avasallado por la posesión colonial de Gran Bretaña sobre nuestras islas, que por historia y por derecho nos corresponde. Pero este aniversario tiene que servirnos para reflexionar y preguntarnos qué nos pasó en 1982.

Durante mucho tiempo se ha preferido no hablar a realizar una autocrítica de una guerra que se perdió, y nadie quiso hacerse cargo de esa derrota. Ninguna guerra es buena y ésta, por su improvisación, fue peor. Los errores tácticos de las tropas argentinas existieron y fueron innumerables, tanto en el nivel estratégico nacional, que definieron la suerte de la guerra, como en el estratégico operacional. Sin olvidar los injustificados malos tratos por parte de algunos hacia sus soldados, que llegaron hasta los estaqueos en medio del frío y en la turba mojada, en su gran mayoría por robar comida que no nos daban, teníamos hambre.

El informe elaborado por el general Benjamín Rattenbach en 1983, para la Comisión de Análisis y Evaluación Político-Militar de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur, calificó la Guerra de Malvinas como una "aventura irresponsable". Cada arma funcionaba por su cuenta, carecía de preparación y la conducción estuvo plagada de errores, según se describe en él. Con base en el informe, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas condenó a Leopoldo Fortunato Galtieri a 12 años de reclusión con accesoria de destitución, al almirante Jorge Isaac Anaya a 14 años de reclusión con accesoria de destitución, al brigadier Basilio Arturo Lami Dozo a 8 años de reclusión. En la revisión en segunda instancia civil y federal de la condena a Galtieri y demás responsables militares de la Guerra de Malvinas, en 1988, un tribunal ratificó las condenas por los delitos cometidos unificándolas en 12 años sólo para los tres máximos jefes militares. Finalmente fueron indultados. No hubo justicia. Como sociedad no podemos callar los errores cometidos, debemos debatir y preguntarnos qué pasó y qué se hizo mal. Una sociedad jamás será justa si no tiene memoria y ésa es una batalla que exige una tarea cotidiana.

La plaza de Galtieri

Cómo no recordar el fervor patriótico que generó el 2 de abril de 1982 el anuncio de la recuperación de las islas Malvinas. Una Plaza de Mayo colmada con los colores celeste y blanco, en donde participaron, junto a miles de ciudadanos, reconocidos dirigentes políticos y sindicales. Se aclamó al general Leopoldo Fortunato Galtieri, que decía *"si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla"*. Hoy parece que muchos optan por olvidar ese momento histórico y nadie se hace cargo de la utilización política de la causa Malvinas por parte de un gobierno que era de facto. Dónde están los responsables del Fondo Patriótico y quién responde sobre el destino de las donaciones y el dinero que se recaudó o cuál fue la suerte de las encomiendas y bufandas que tejieron nuestras madres y que nunca nos llegaron. ¿Preferimos no hablar de Malvinas?

Luego vendría el final de la guerra, el 14 de junio; todo cambió de repente y esa misma sociedad, tras la derrota, trató de prender fuego la Casa de Gobierno, echó a Galtieri y no quiso volver a hablar más de la guerra. Malvinas cerró el capítulo de la dictadura y fue un factor decisivo para la reinstauración de la democracia.

Asignaturas pendientes

No podemos dejar de hablar y evocar lo pasado, pero pensando siempre en el futuro, recorriendo todos los caminos posibles en el reclamo de nuestra soberanía, pero siempre bajo el signo de la paz. En estos 25 años vale recordar y homenajear a los que murieron allá y después acá, y a los familiares que perdieron a sus seres queridos. Nuestros muertos serán siempre héroes silenciosos y una asignatura pendiente de una sociedad que se obstina en guardar bajo la alfombra lo que más le duele. A pesar del tiempo transcurrido y sabiendo que esas heridas no cicatrizan fácilmente, reflexiono sobre los hechos ocurridos, pero con la intención de que esta mirada sirva para caminar hacia adelante y construir un país distinto, previsible, lógico y sin violencia. Debemos guiar a las generaciones venideras y junto a ellos generar la fuerza necesaria para construir con esperanza un país distinto.

Los argentinos tendríamos que darnos una segunda oportunidad para revivir en paz un nuevo 2 de abril junto a los que volvimos escondidos de las islas hace 25 años atrás.

Mis hijos son mi guía con sus sonrisas, y sus utopías me ayudan a seguir caminando. Como dice León Gieco, "las mejillas de mis hijos en mis labios y encontraré en sus ojos un nuevo descanso. Por la vida".

* *Periodista y escritor, ex combatiente de Malvinas. Autor del libro* Iluminados por el fuego*, sobre su experiencia en la guerra.*

Por Andrés Fontana*

Malvinas y la transición democrática

La derrota en Malvinas generó un proceso de descomposición en la cúpula de las Fuerzas Armadas. Al revés que en otros países, la transición no fue encabezada por los sectores militares.

La derrota militar de la Argentina en el Atlántico Sur significó mucho más de lo que se percibió en ese momento. La guerra eliminó toda posible continuidad del régimen militar y destruyó para siempre la fantasía del autoritarismo como solución en la percepción colectiva de la sociedad argentina.

La derrota militar en el Atlántico Sur creó condiciones propicias para la construcción de la democracia que, en menos de dos años, se encontraría plena y definitivamente vigente en nuestro país. La forma en que la jerarquía militar condujo la guerra, sus errores e improvisaciones, produjeron una reacción virulenta en la sociedad civil y, también, entre los oficiales jóvenes, los que revistaban con grado de teniente coronel y los más jóvenes. A partir de entonces, la prédica del golpismo no volvería a tener respaldo generalizado en las instituciones militares, no obstante los intentos de fines de los ochenta, hasta desaparecer en forma definitiva.

Las claves de ese acervo no se encuentran sólo en la derrota militar sino también en la forma en que la junta militar condujo la transición política, entre junio de 1982 y diciembre de 1983, y en la profunda crisis interna de las instituciones militares, que incluyó un estado de insubordinación latente de amplios estratos de la oficialidad joven y una imposibilidad insuperable de recomponer la relación entre las tres fuerzas armadas durante ese período.

La situación de crisis interna y aislamiento absoluto en que quedó el gobierno militar en el escenario post Malvinas obstaculizaron la toma de decisiones y bloqueó toda posibilidad de resolver cuestiones vinculadas a la transición mediante negociaciones con los actores civiles. El régimen militar se precipitó así en un acelerado proceso de descomposición, antes que en conductor de un proceso de transición, como los que tuvieron lugar posteriormente en los países vecinos.

La derrota militar fracturó la unidad interna de las fuerzas armadas y afectó seriamente las relaciones jerárquicas internas. Al mismo tiempo, frente al régimen militar no existían actores políticos legitimados ante la sociedad, salvo unos pocos líderes políticos que se habían mantenido al margen del acercamiento al gobierno militar que produjo la guerra y los líderes de las organizaciones defensoras de los derechos humanos. Estos cobraron creciente legitimidad durante el proceso de transición y fueron quienes realmente encabezaron el cuestionamiento civil al gobierno militar.

La derrota de las fuerzas argentinas el 14 de junio no implicó el descabezamiento inmediato de la cúpula militar, pero destruyó la unidad interna de las fuerzas armadas, que era el sostén político fundamental del régimen. El general Galtieri, en un último gesto de desdén por la sociedad, y por la realidad misma, continuó varios días desempeñando sus cargos de presidente y comandante en jefe. Ajeno a toda mesura, intentó una vez más gesticular desde los balcones, ahora testigos de airadas reacciones.

El 17 de junio, luego de destituir a Galtieri, un grupo de cinco generales propuso al general Vaquero hacerse cargo de la jefatura de la fuerza. Pero Vaquero no aceptó debido a su condición de jefe del estado mayor del destituido comandante. Lo hizo en cambio el general Nicolaides, que le seguía en antigüedad, quien a su vez designó al general Bignone como presidente.

La decisión de Nicolaides implicaba una ruptura con la Armada y la Aeronáutica que, por su parte, también se encontraban considerando alternativas para la conducción del gobierno. Las relaciones entre las tres fuerzas habían llegado a un punto de máxima tensión y el brigadier Lami Dozo, jefe de la Fuerza Aérea, pretendió capitalizar el prestigio ganado por los aviadores durante la guerra y asumir la presidencia en reemplazo de Galtieri. La Armada, que se encontraba en una situación más difícil que la Aeronáutica, prefería "designar" un civil para ocupar el cargo presidencial.

Pero Nicolaides mantuvo su postura de nominar a Bignone y, el mismo 17 de junio, la Armada se "retiró" de la junta, desvinculándose de la conducción política del régimen militar. La Fuerza Aérea adoptó una actitud semejante, quedando el Ejército como único responsable de la conducción del gobierno.

El Ejército se hallaba en estado deliberativo desde el fin de la guerra y durante las primeras semanas de agosto sufrió una severa crisis interna. En ese delicado contexto, el general Nicolaides decidió entregar el poder a un gobierno civil, surgido de elecciones libres, durante el primer trimestre de 1984. También a principios de agosto, el brigadier Lami Dozo pasó a retiro, junto con ocho brigadieres, por presiones internas de su fuerza. La Armada decidió reemplazar a su comandante en jefe a partir del 1º de octubre, junto con el pase a retiro de dieciocho almirantes. Con estos cambios, el 10 de septiembre los jefes de las tres fuerzas armadas decidieron restablecer la coparticipación de las mismas en la responsabilidad gubernamental y la entrega del poder a las autoridades civiles a principios de 1984.

Meses más tarde, en vísperas del séptimo aniversario del golpe militar, Nicolaides anunció que se hallaba en estudio una ley de "pacificación nacional". El 28 de abril, la junta militar dio a conocer lo que llamó "documento final" de las Fuerzas Armadas y las reacciones en el campo de la sociedad civil fueron contundentes. Desde el campo político el documento también fue censurado, aunque en términos más tibios.

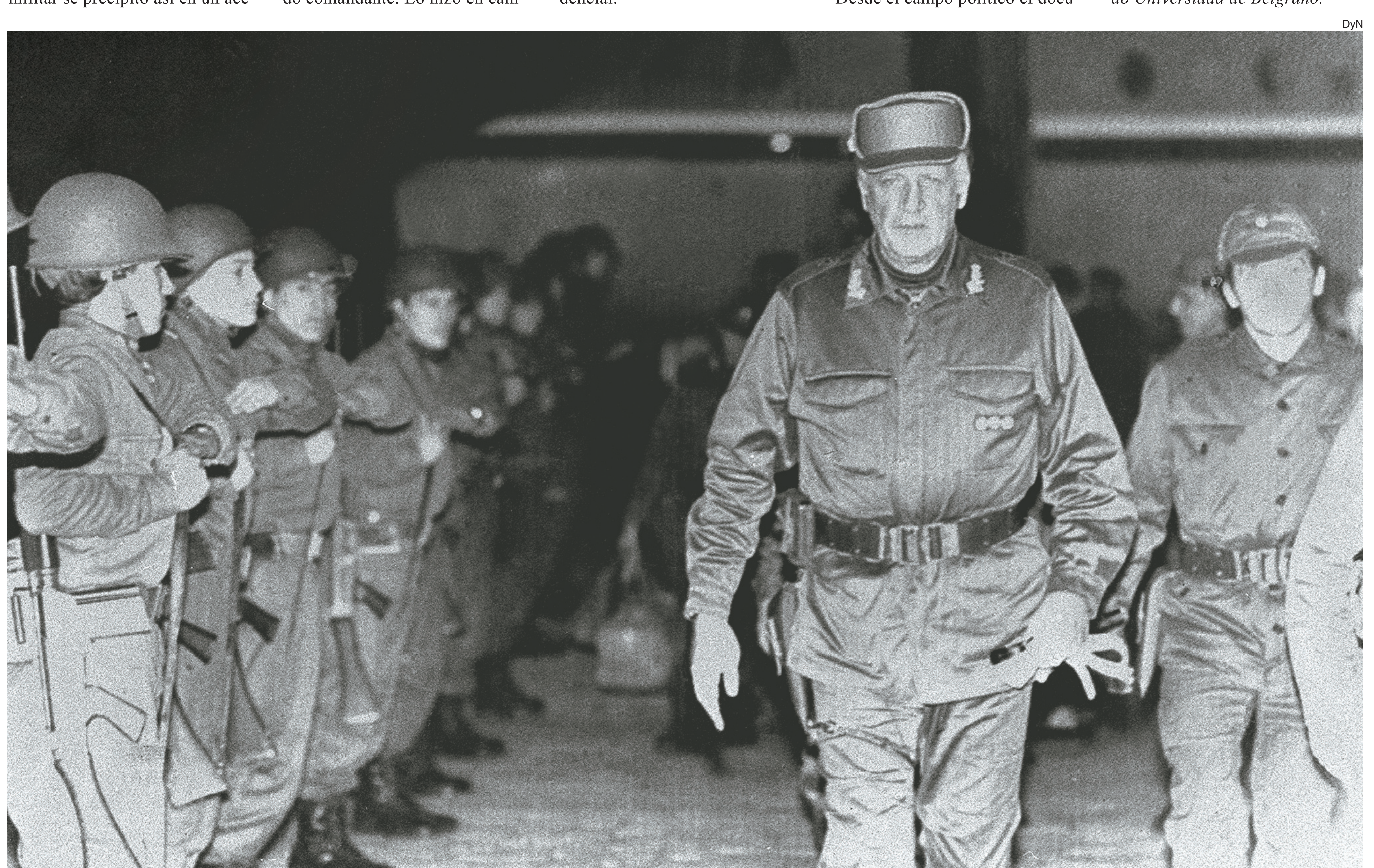
A partir de la publicación del "documento final" las autoridades militares adoptaron una política de emergencia. Su repliegue del gobierno no era optativo ni estaba mediado por negociaciones reales. En esas circunstancias, la preocupación central de la conducción militar fue mantener unido el llamado "frente interno", que se hallaba permanentemente en crisis.

Entre julio y septiembre, las tres fuerzas armadas, por separado, discutieron la posibilidad, conveniencia o necesidad de una "ley" sobre el tema derechos humanos, llegando a posturas distintas e incompatibles entre sí. No obstante las disidencias, la oposición interna y el clima reinante en la sociedad, el 23 de setiembre, el Ejército logró que se sancionara la ley Nº 22924, "de pacificación nacional", por la cual se otorgaba una amnistía por actividades subversivas y "excesos en la represión".

La norma provocó reacciones contrarias tanto en la sociedad como en el interior de las instituciones militares, por motivos naturalmente muy distantes. El régimen militar se derrumbaba por su propio peso, sin que en ello interviniera otra presión que la de sus propios hechos, presentes y pasados. La lógica de un poder que había traicionado principios básicos de toda índole lo llevó a enajenarse el respaldo de sus propios miembros, profundizando su aislamiento y sin lograr resolver ninguna de las cuestiones que figuraban en su agenda. En los 18 meses posteriores a Malvinas se definió así un escenario favorable al establecimiento sólido de los principios democráticos en la Argentina, incluidos los rincones recónditos de las instituciones militares.

** Decano, Estudios de Postgrado Universidad de Belgrano.*

DyN



Malvinas y la transición democrática

Por Andrés Fontana*

La derrota militar de la Argentina en el Atlántico Sur significó mucho más de lo que se percibió en ese momento. La guerra eliminó toda posible continuidad del régimen militar y destruyó para siempre la fantasía del autoritarismo como solución en la percepción colectiva de la sociedad argentina.

La derrota militar en el Atlántico Sur creó condiciones propicias para la construcción de la democracia que, en menos de dos años, se encontraría plena y definitivamente vigente en nuestro país. La forma en que la jerarquía militar condujo la guerra, sus errores e improvisaciones, produjeron una reacción virulenta en la sociedad civil y, también, entre los oficiales jóvenes, los que revistaban con grado de teniente coronel y los más jóvenes. A partir de entonces, la prédica del golpismo no volvería a tener respaldo generalizado en las instituciones militares, no obstante los intentos de fines de los ochenta, hasta desaparecer en forma definitiva.

Las claves de ese acervo no se encuentran sólo en la derrota militar sino también en la forma en que la junta militar condujo la transición política, entre junio de 1982 y diciembre de 1983, y en la profunda crisis interna de las instituciones militares, que incluyó un estado de insubordinación latente de amplios estratos de la oficialidad joven y una imposibilidad insuperable de recomponer la relación entre las tres fuerzas armadas durante ese período.

La situación de crisis interna y aislamiento absoluto en que quedó el gobierno militar en el escenario post Malvinas obstaculizaron la toma de decisiones y bloqueó toda posibilidad de resolver cuestiones vinculadas a la transición mediante negociaciones con los actores civiles. El régimen militar se precipitó así en un acelerado proceso de descomposición, antes que en conductor de un proceso de transición, como los que tuvieron lugar posteriormente en los países vecinos.

La derrota militar fracturó la unidad interna de las fuerzas armadas y afectó seriamente las relaciones jerárquicas internas. Al mismo tiempo, frente al régimen militar no existían actores políticos legitimados ante la sociedad, salvo unos pocos líderes políticos que se habían mantenido al margen del acercamiento al gobierno militar que produjo la guerra y los líderes de las organizaciones defensoras de los derechos humanos. Estos cobraron creciente legitimidad durante el proceso de transición y fueron quienes realmente encabezaron el cuestionamiento civil al gobierno militar.

> La derrota en Malvinas generó un proceso de descomposición en la cúpula de las Fuerzas Armadas. Al revés que en otros países, la transición no fue encabezada por los sectores militares.

La derrota de las fuerzas argentinas el 14 de junio no implicó el descabezamiento inmediato de la cúpula militar, pero destruyó la unidad interna de las fuerzas armadas, que era el sostén político fundamental del régimen. El general Galtieri, en un último gesto de desdén por la sociedad, y por la realidad misma, continuó varios días desempeñando sus cargos de presidente y comandante en jefe. Ajeno a toda mesura, intentó una vez más gesticular desde los balcones, ahora testigos de airadas reacciones.

El 17 de junio, luego de destituir a Galtieri, un grupo de cinco generales propuso al general Vaquero hacerse cargo de la jefatura de la fuerza. Pero Vaquero no aceptó debido a su condición de jefe del estado mayor del destituido comandante. Lo hizo en cambio el general Nicolaides, que le seguía en antigüedad, quien a su vez designó al general Bignone como presidente.

La decisión de Nicolaides implicaba una ruptura con la Armada y la Aeronáutica que, por su parte, también se encontraban considerando alternativas para la conducción del gobierno. Las relaciones entre las tres fuerzas habían llegado a un punto de máxima tensión y el brigadier Lami Dozo, jefe de la Fuerza Aérea, pretendió capitalizar el prestigio ganado por los aviadores durante la guerra y asumir la presidencia en reemplazo de Galtieri. La Armada, que se encontraba en una situación más difícil que la Aeronáutica, prefería “designar” un civil para ocupar el cargo presidencial.

Pero Nicolaides mantuvo su postura de nominar a Bignone y, el mismo 17 de junio, la Armada se “retiró” de la junta, desvinculándose de la conducción política del régimen militar. La Fuerza Aérea adoptó una actitud semejante, quedando el Ejército como único responsable de la conducción del gobierno.

El Ejército se hallaba en estado deliberativo desde el fin de la guerra y durante las primeras semanas de agosto sufrió una severa crisis interna. En ese delicado contexto, el general Nicolaides decidió entregar el poder a un gobierno civil, surgido de elecciones libres, durante el primer trimestre de 1984. También a principios de agosto, el brigadier Lami Dozo pasó a retiro, junto con ocho brigadieres, por presiones internas de su fuerza. La Armada decidió reemplazar a su comandante en jefe a partir del 1º de octubre, junto con el pase a retiro de dieciocho almirantes. Con estos cambios, el 10 de septiembre los jefes de las tres fuerzas armadas decidieron restablecer la coparticipación de las mismas en la responsabilidad gubernamental y la entrega del poder a las autoridades civiles a principios de 1984.

Meses más tarde, en vísperas del séptimo aniversario del golpe militar, Nicolaides anunció que se hallaba en estudio una ley de “pacificación nacional”. El 28 de abril, la junta militar dio a conocer lo que llamó “documento final” de las Fuerzas Armadas y las reacciones en el campo de la sociedad civil fueron contundentes. Desde el campo político el documento también fue censurado, aunque en términos más tibios.

A partir de la publicación del “documento final” las autoridades militares adoptaron una política de emergencia. Su repliegue del gobierno no era optativo ni estaba mediado por negociaciones reales. En esas circunstancias, la preocupación central de la conducción militar fue mantener unido el llamado “frente interno”, que se hallaba permanentemente en crisis.

Entre julio y septiembre, las tres fuerzas armadas, por separado, discutieron la posibilidad, conveniencia o necesidad de una “ley” sobre el tema derechos humanos, llegando a posturas distintas e incompatibles entre sí. No obstante las disidencias, la oposición interna y el clima reinante en la sociedad, el 23 de setiembre, el Ejército logró que se sancionara la ley Nº 22924, “de pacificación nacional”, por la cual se otorgaba una amnistía por actividades subversivas y “excesos en la represión”.

La norma provocó reacciones contrarias tanto en la sociedad como en el interior de las instituciones militares, por motivos naturalmente muy distantes. El régimen militar se derrumbaba por su propio peso, sin que en ello interviniera otra presión que la de sus propios hechos, presentes y pasados. La lógica de un poder que había traicionado principios básicos de toda índole lo llevó a enajenarse el respaldo de sus propios miembros, profundizando su aislamiento y sin lograr resolver ninguna de las cuestiones que figuraban en su agenda. En los 18 meses posteriores a Malvinas se definió así un escenario favorable al establecimiento sólido de los principios democráticos en la Argentina, incluidos los rincones recónditos de las instituciones militares.

** Decano, Estudios de Postgrado Universidad de Belgrano.*

DyN





Una sociedad presa de los símbolos de Malvinas

Por Luis Bruschtein

Si la pregunta fuera cuál es el consenso mayoritario al que parece haber llegado la sociedad en relación con la Guerra de Malvinas, la respuesta estaría plagada del verbo “parece”. Parece que hubiera un rechazo a la guerra, parece que hubiera un sentido solidario con los veteranos, parece que se considera legítimo el reclamo argentino de soberanía y parece que hay un sentimiento extendido de que los gobiernos tendrían que mantener una estrategia diplomática de reclamo con Gran Bretaña. Están los menos, también, que dicen que las islas se las queden los ingleses o los que apoyan la guerra pasada y esperan una futura.

En realidad, se habla poco de la guerra porque es un tema áspero, insidioso y molesto. Las posiciones extremas de uno u otro lado son de los que prefieren no escuchar y los pareceres se disparan según los ánimos y los humores. Malvinas no baja del plano de lo simbólico. Es un símbolo de “Patria”, pero también de derrota, de culpa, de vergüenza y de engaño. Y cuando se habla de la Guerra de Malvinas se mezcla todo. De Patria, porque así está en las escuelas; de derrota, por ídem; de vergüenza, por la derrota y las exaltaciones; de culpa, por el sentimiento de haber sido manejados por los militares de la dictadura, y de engaño, por las mentiras en los argumentos de la guerra, la corrupción oculta en las mismas filas de los militares y por los falsos relatos de la guerra en los medios.

Los espejismos y arenas movedizas que plagan los discursos sobre la Guerra de Malvinas están formados por lagunas de estas emociones contrapuestas que desde lo simbólico desdibujan lo real, lo hacen inasible y resbaladizo. Y además, lo real también es complejo, no es lineal, como que se queden los ingleses o que hay que sacarlos a patadas.

Alguien habrá, seguramente, que pudo separar lo simbólico de lo real para dar cuenta racional de esa realidad compleja. Pero no es un fenómeno extendido. Y la prueba son los veteranos de guerra, que fueron sus principales víctimas. Ese remolino de emociones ambivalentes, entre la solidaridad y el reconocimiento pero también el rechazo, se dispara en contacto con un ex combatiente. Porque el ex combatiente ha sido asumido como un símbolo de la guerra, cuando, en todo caso, tendría que ser un símbolo contra la guerra.

En realidad, antes que un símbolo de nada, son seres humanos reales, de carne y hueso. Han sido víctimas de la guerra y, para terminarlos de joder, han sido colocados en el lugar de símbolo de la guerra. O sea, son vistos como el símbolo de algo que a ellos los destruyó. Como si el robado, no el ladrón, simbolizara el robo.

Los mismos ex combatientes tienen discursos contrapuestos. Hay algunos agrupamientos, sobre todo de oficiales y suboficiales, que reivindican el bagaje patriotero hipócrita de la dictadura y tratan de influenciar a las agrupaciones de soldados, haciendo, incluso, contraposiciones perversas con las víctimas de la represión. Muchos de ellos participaron en los levantamientos carapintada para impedir los juicios por violaciones a los derechos humanos y en defensa de los señores de la guerra. Este discurso enturbia todavía más la imagen ambivalente con que la sociedad percibe a los ex soldaditos de Malvinas.

> La Guerra de Malvinas permanece en un limbo de símbolos que genera una actitud ambivalente de la sociedad. Las principales víctimas de esa actitud son los ex combatientes, que también fueron las principales víctimas de la guerra.

Más allá de este sector, que es minoritario, pero que está bien organizado, en principio porque, como retirados, tienen asistencia y pensiones de las Fuerzas Armadas y los soldaditos no, lo cierto es que la mayoría de los ex combatientes quedan aprisionados en esa contradicción aparente. Siente que si critican la esencia de la guerra cuestionan una identidad que los ha marcado y a la cual no pueden renunciar. Los menos han podido elaborar ese círculo vicioso, asumiendo con orgullo su identidad de ex combatientes y, por lo mismo, convirtiéndose en los principales acusadores de la guerra y sus responsables.

No es como los veteranos de Vietnam, porque en aquel caso, Estados Unidos era el invasor. En Malvinas, Gran Bretaña mantiene un enclave colonial anacrónico sobre territorio argentino. Lo cual hace más difícil la elaboración, porque ellos estuvieron dispuestos a dar su vida sobre la base de ese argumento que en un plano abstracto era correcto. Pero la dictadura no declaró la Guerra de Malvinas porque quería recuperar las islas –lo que se convirtió en un objetivo contingente– sino porque quería mantenerse en el poder. Lo real es que los llevaron para que dieran la vida por la dictadura. Fueron engañados y sin preparación ni armamento a una guerra absolutamente desigual e inoportuna. Pero no fueron ellos los únicos, los veteranos fueron engañados al igual que la mayoría de los argentinos que se sintió convocada por Leopoldo Galtieri en ese momento.

Resulta conmovedor cuando un ex combatiente revela su identidad a un desconocido con esa mezcla de dolor, de orgullo y al mismo tiempo de vergüenzas ocultas. Ellos sienten ese rechazo ambivalente –te entiendo, pero callate– de una sociedad que no quiere hablar de la guerra en serio. En ese cruce se juega todo el conflicto. Se supone que para valorar el sacrificio de los veteranos hay que exaltar la guerra como una gesta luminosa. Y se supone que si la guerra fue un engaño y una tragedia, no queda lugar para los héroes, sino para los tontos que arriesgaron la vida, engañados. Como si la sociedad tuviera esa visión infantil de una guerra. O como si hubiera una especie de obligación patriótica de exaltar la guerra, aunque a nadie le guste. El veterano queda prisionero entre esa exaltación y ese rechazo, como si la guerra en la que participó no hubiera involucrado a toda la sociedad, como si ellos no hubieran sido el punto más vulnerable de un país sumergido en la tragedia y el desconcierto. El que apoyó la guerra y se inflamó de patriotismo desde izquierda o derecha y ahora no quiere recordarlo porque le duele o le avergüenza haber sido usado, deja a los ex combatientes a la deriva de una tragedia que no es solamente de ellos sino de todo el país.

Toda la discusión sobre Malvinas navega esa ambigüedad entre un supuesto deber patriótico y el gesto más humano de rechazo al recuerdo de la guerra. La única forma que tiene la sociedad de espantar sus fantasmas es meterse con los símbolos de Malvinas y resignificarlos para encontrar el lugar del patriotismo y del heroísmo en una guerra a la que fue llevada con engaños. Sacar la guerra de los libros escolares con sus próceres de bronce y reconocer que siempre es una tragedia donde más que tontos o héroes, lo que hay son seres humanos puestos en una situación extrema. Es otro concepto del heroísmo, que tiene más que ver con la vida y con la condición humana. Y en ese sentido, en ese lugar, los ex combatientes han sido héroes, más que por su valentía, por su dignidad probada a fuego en situaciones terribles a que los llevaron los tropiezos de un país que tiene una historia difícil. Esa historia es de todos, no solamente de ellos.



Por Luis Bruschtein

Una sociedad presa de los símbolos de Malvinas

Si la pregunta fuera cuál es el consenso mayoritario al que parece haber llegado la sociedad en relación con la Guerra de Malvinas, la respuesta estaría plagada del verbo "parece". Parece que hubiera un rechazo a la guerra, parece que hubiera un sentido solidario con los veteranos, parece que se considera legítimo el reclamo argentino de soberanía y parece que hay un sentimiento extendido de que los gobiernos tendrían que mantener una estrategia diplomática de reclamo con Gran Bretaña. Están los menos, también, que dicen que las islas se las queden los ingleses o los que apoyan la guerra pasada y esperan una futura.

En realidad, se habla poco de la guerra porque es un tema áspero, insidioso y molesto. Las posiciones extremas de uno u otro lado son de los que prefieren no escuchar y los pareceres se disparan según los ánimos y los humores. Malvinas no baja del plano de lo simbólico. Es un símbolo de "Patria", pero también de derrota, de culpa, de vergüenza y de engaño. Y cuando se habla de la Guerra de Malvinas se mezcla todo. De Patria, porque así está en las escuelas; de derrota, por ídem; de vergüenza, por la derrota y las exaltaciones; de culpa, por el sentimiento de haber sido manejados por los militares de la dictadura, y de engaño, por las mentiras en los argumentos de la guerra, la corrupción oculta en las mismas filas de los militares y por los falsos relatos de la guerra en los medios.

Los espejismos y arenas movedizas que plagan los discursos sobre la Guerra de Malvinas están formados por lagunas de estas emociones contrapuestas que desde lo simbólico desdibujan lo real, lo hacen inasible y resbaladizo. Y además, lo real también es complejo, no es lineal, como que se queden los ingleses o que hay que sacarlos a patadas.

Alguien habrá, seguramente, que pudo separar lo simbólico de lo real para dar cuenta racional de esa realidad compleja. Pero no es un fenómeno extendido. Y la prueba son los veteranos de guerra, que fueron sus principales víctimas. Ese remolino de emociones ambivalentes, entre la solidaridad y el reconocimiento pero también el rechazo, se dispara en contacto con un ex combatiente. Porque el ex combatiente ha sido asumido como un símbolo de la guerra, cuando, en todo caso, tendría que ser un símbolo contra la guerra.

En realidad, antes que un símbolo de nada, son seres humanos reales, de carne y hueso. Han sido víctimas de la guerra y, para terminarlos de joder, han sido colocados en el lugar de símbolo de la guerra. O sea, son vistos como el símbolo de algo que a ellos los destruyó. Como si el robado, no el ladrón, simbolizara el robo.

Los mismos ex combatientes tienen discursos contrapuestos. Hay algunos agrupamientos, sobre todo de oficiales y suboficiales, que reivindican el bagaje patriotero hipócrita de la dictadura y tratan de influenciar a las agrupaciones de soldados, haciendo, incluso, contraposiciones perversas con las víctimas de la represión. Muchos de ellos participaron en los levantamientos carapintada para impedir los juicios por violaciones a los derechos humanos y en defensa de los señores de la guerra. Este discurso enturbia todavía más la imagen ambivalente con que la sociedad percibe a los ex soldaditos de Malvinas.

> La Guerra de Malvinas permanece en un limbo de símbolos que genera una actitud ambivalente de la sociedad. Las principales víctimas de esa actitud son los ex combatientes, que también fueron las principales víctimas de la guerra.

Más allá de este sector, que es minoritario, pero que está bien organizado, en principio porque, como retirados, tienen asistencia y pensiones de las Fuerzas Armadas y los soldaditos no, lo cierto es que la mayoría de los ex combatientes quedan aprisionados en esa contradicción aparente. Siente que si critican la esencia de la guerra cuestionan una identidad que los ha marcado y a la cual no pueden renunciar. Los menos han podido elaborar ese círculo vicioso, asumiendo con orgullo su identidad de ex combatientes y, por lo mismo, convirtiéndose en los principales acusadores de la guerra y sus responsables.

No es como los veteranos de Vietnam, porque en aquel caso, Estados Unidos era el invasor. En Malvinas, Gran Bretaña mantiene un enclave colonial anacrónico sobre territorio argentino. Lo cual hace más difícil la elaboración, porque ellos estuvieron dispuestos a dar su vida sobre la base de ese argumento que en un plano abstracto era correcto. Pero la dictadura no declaró la Guerra de Malvinas porque quería recuperar las islas –lo que se convirtió en un objetivo contingente– sino porque quería mantenerse en el poder. Lo real es que los llevaron para que dieran la vida por la dictadura. Fueron engañados y sin preparación ni armamento a una guerra absolutamente desigual e inoportuna. Pero no fueron ellos los únicos, los veteranos fueron engañados al igual que la mayoría de los argentinos que se sintió convocada por Leopoldo Galtieri en ese momento.

Resulta conmovedor cuando un ex combatiente revela su identidad a un desconocido con esa mezcla de dolor, de orgullo y al mismo tiempo de vergüenzas ocultas. Ellos sienten ese rechazo ambivalente –te entiendo, pero callate– de una sociedad que no quiere hablar de la guerra en serio. En ese cruce se juega todo el conflicto. Se supone que para valorar el sacrificio de los veteranos hay que exaltar la guerra como una gesta luminosa. Y se supone que si la guerra fue un engaño y una tragedia, no queda lugar para los héroes, sino para los tontos que arriesgaron la vida, engañados. Como si la sociedad tuviera esa visión infantil de una guerra. O como si hubiera una especie de obligación patriótica de exaltar la guerra, aunque a nadie le guste. El veterano queda prisionero entre esa exaltación y ese rechazo, como si la guerra en la que participó no hubiera involucrado a toda la sociedad, como si ellos no hubieran sido el punto más vulnerable de un país sumergido en la tragedia y el desconcierto. El que apoyó la guerra y se inflamó de patriotismo desde izquierda o derecha y ahora no quiere recordarlo porque le duele o le avergüenza haber sido usado, deja a los ex combatientes a la deriva de una tragedia que no es solamente de ellos sino de todo el país.

Toda la discusión sobre Malvinas navega esa ambigüedad entre un supuesto deber patriótico y el gesto más humano de rechazo al recuerdo de la guerra. La única forma que tiene la sociedad de espantar sus fantasmas es meterse con los símbolos de Malvinas y resignificarlos para encontrar el lugar del patriotismo y del heroísmo en una guerra a la que fue llevada con engaños. Sacar la guerra de los libros escolares con sus próceres de bronce y reconocer que siempre es una tragedia donde más que tontos o héroes, lo que hay son seres humanos puestos en una situación extrema. Es otro concepto del heroísmo, que tiene más que ver con la vida y con la condición humana. Y en ese sentido, en ese lugar, los ex combatientes han sido héroes, más que por su valentía, por su dignidad probada a fuego en situaciones terribles a que los llevaron los tropiezos de un país que tiene una historia difícil. Esa historia es de todos, no solamente de ellos.

Por Horacio Tarcus *

Los dilemas de la izquierda en la Guerra de Malvinas

Entre la estrategia bélica y la subjetividad pacifista, la mayoría de la izquierda, desde el PC hasta las corrientes maoístas y trotskistas, se sumó, con pocas excepciones, al respaldo a la guerra.

Mientras otros actores políticos quedaron mudos de pura perplejidad o esperaron cautelosamente, la izquierda fue quizá la primera en reaccionar en abril de 1982. Todavía dolían los moretones en las cabezas o en las espaldas de los militantes corridos por la policía durante la marcha que había convocado la CGT el 30 de marzo, cuando todo el espectro de la izquierda –matiz más o matiz menos– reconocía la invasión de los militares argentinos a las islas Malvinas como una "recuperación" de magnitudes históricas que arraigaba en las más hondas aspiraciones nacionales y antiimperialistas del pueblo argentino. El primero, claro, fue Jorge Abelardo Ramos desde su periódico *Patria Grande*, que saludó la invasión como "uno de los grandes momentos de la emancipación americana". La Guerra de las Malvinas era un escenario soñado para la "izquierda nacional": las Fuerzas Armadas argentinas comprendían finalmente el error de su alianza con Martínez de Hoz y con Alemann y retomaban su misión patriótica y nacional, acaudillando al pueblo-nación. Semanas después, Ramos viajaba a Puerto Deseado junto a Saúl Ubaldini y Deolindo Felipe Bittel.

Aunque con menor fervor patriótico, el Partido Comunista también saludó la invasión como "un acontecimiento histórico que dejará sus hondas huellas en la conciencia nacional e incidirá grandemente en el curso de la política interior y exterior del país" (discurso de Athos Fava en el Comité Central del 5/6/1982). El PC llamó a la lucha antiimperialista y a buscar la solidaridad internacional en los países del bloque soviético para encontrar una solución negociada en el marco de las Naciones Unidas. "Las Fuerzas Armadas –afirmaba Fava– no pueden derrotar solas la agresión imperialista, obtener la paz justa y honrosa y combatir el enemigo dentro del país. Los civiles solos, tampoco." ¿Entonces? Era la ocasión, una vez más, para abrir "un diálogo sin exclusiones" (esto es, con el PC) para conformar un "gobierno de coalición cívico-militar". Mayor fue el entusiasmo nacionalista del Partido Comunista Revolucionario, que entendió que a partir del 2 de abril la contradicción dictadura-pueblo pasó a ser secundaria, desplazada por la contradicción imperialismo-pueblo. Llamó entonces a estrechar en torno de las FF.AA. un frente nacional antiimperialista, sin dejar de advertir que el "imperialismo rojo" (la URSS y todo el bloque soviético) no podía ser un aliado en ese camino.

Del seno de los grupos trotskistas, de tradición clasista e internacionalista, emergió una desconocida exaltación nacional-antiimperialista. Tanto el Partido Socialista de los Trabajadores que lideraba Nahuel Moreno, como Política Obrera, que inspiraba Jorge Altamira, llamaron a extender la guerra a todos los terrenos de la lucha: no sólo el militar y el diplomático, sino el de las sanciones económicas y la movilización antiimperialista de masas. Ambos grupos caracterizaron a la guerra como anticolonial y antiimperialista, en tanto enfrentamiento entre un país imperialista y un país oprimido, independientemente del hecho de que el país imperialista estuviese regido por una monarquía parlamentaria y el país oprimido estuviese sojuzgado por una dictadura. En el curso de la lucha antiimperialista, la dictadura iba a ser superada por la lucha de masas, las que llevando la emancipación hasta el final iban a encontrar finalmente su verdadera dirección. PO llegó incluso a reclamar "armamento para los trabajadores".

Para 1982 los Montoneros, forzados al exilio, se encontraban en franco proceso de disgregación, pero muchos de sus dirigentes apoyaron la guerra y llegaron incluso a ofrecerse a los militares argentinos para combatir. Es interesante el testimonio de una de las figuras de esa diáspora, Gregorio Levenson: "El 2 de abril se había iniciado el intento de recuperar las Malvinas, reivindicación profundamente arraigada en toda la población de nuestro país. Pero ese paso lo había dado la Junta Militar, lo cual generó una fuerte contradicción en la mayoría de la población, y muy especialmente en los militantes de las organizaciones revolucionarias, que mantenían una lucha terrible contra la dictadura". Levenson, que cargaba con la muerte de dos de sus hijos en la lucha armada y con la desaparición de su compañera Lola Rabinovich bajo la dictadura, concluyó por apoyar públicamente la guerra desde su exilio en Costa Rica y hasta tentó negociaciones con funcionarios argentinos en el exterior para regresar al país y cumplir tareas de apoyo. Uno de los núcleos más activos del exilio argentino en México, el Grupo de Discusión Socialista que integraban, entre otros, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y José Nun, intentó articular el reconocimiento por la "soberanía argentina en las Malvinas" con la defensa de la "soberanía popular en Argentina", lucha antiimperialista y lucha antidictatorial.

Dentro de la izquierda, las voces disidentes fueron pocas y apenas pudieron ser escuchadas mientras duró el conflicto. Dentro del país, el grupo libertario Emancipación Obrera sostuvo, a través de volantes y folletos, una posición antibélica y antinacionalista, mientras que el intelectual independiente Carlos Alberto Brocato hacía circular su texto "¿La verdad o la mística nacional?", editado anónimamente bajo el sello "Círculo Espacio Independiente". Adolfo Gilly desde México cuestionaba en "Las Malvinas, una guerra del capital", texto aparecido en *Cuadernos Políticos*, que se tratase de un conflicto anticolonial y antiimperialista. Por su parte, León Rozitchner escribió, en 1982 en Caracas, un texto que recién se conoció en 1985: *Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia"*. Allí contraponía la lógica "objetiva" y "científica" de la estrategia político-militar sostenida por el Grupo de Discusión Socialista a la subjetividad antibélica y antidictatorial que lo había llevado previamente a *desear* que los militares argentinos fueran derrotados en Malvinas.

Generalizando el argumento, podría pensarse que quizás en abril de 1982 la izquierda argentina quedó atrapada entre una lógica estratégica belicista y nacionalista, por un lado, y una subjetividad antibelicista y antinacionalista, por otro. Porque si bien es entendible que la "izquierda nacional" llamase eufórica, como lo hizo Ramos, a "malvinizar" la política, no resulta tan claro en el resto del espectro de una izquierda forjada en el clasismo y el internacionalismo. Por su tradición, por su cultura, por su sensibilidad, las izquierdas clásicas son antibelicistas. Pero al mismo tiempo su política se nutre del pensamiento estratégico leninista, con su concepción de un mundo escindido en países imperialistas, semicoloniales y coloniales, en el que las izquierdas revolucionarias debían apoyar toda lucha de estos dos últimos contra los imperialistas.

El mismo León Trotsky, cuando lo entrevistó en México el sindicalista argentino Mateo Fossa, respondió que en el caso hipotético de que estallara una guerra entre la "democrática Inglaterra" y el "Brasil fascista" de Getulio Vargas, los revolucionarios debían estar del lado del "Brasil fascista". No se trataba, para Trotsky, de la contradicción visible entre democracia y fascismo sino de una opresión estructural menos visible. El eventual triunfo del Brasil, imaginaba Trotsky, asestaría un golpe al imperialismo al mismo tiempo que "daría un poderoso impulso a la conciencia nacional y democrática del país y llevaría al derrocamiento de la dictadura de Vargas". Sin lugar a dudas, esta perspectiva de no confrontar con los nacionalismos de los países atrasados sino de excederlos por izquierda también nutrió el imaginario de las izquierdas.

En suma, mientras la sensibilidad y la experiencia de los militantes de izquierda bajo la dictadura los impulsaba a rechazar cualquier "causa nacional" común con los militares genocidas, la estrategia política nacida con la Tercera Internacional los empujaba en sentido contrario: a apoyar en un sentido antiimperialista una guerra que habían iniciado los militares, creyendo que la movilización de masas dejaría a la dictadura en el camino.

* *Historiador, docente e investigador de la UBA y miembro de la dirección del CeDInCI.*





Por León Rozitchner

Una complicidad de muerte que se mantiene en silencio

En plena Guerra de Malvinas el ministro de Obras y Servicios públicos, ingeniero Sergio Martín, elevó a la Presidencia de la Nación (abril de 1982) los proyectos de privatización de todas las empresas dependientes de esa cartera: YPF, Gas del Estado, Yacimientos Carboníferos Fiscales, Química Río Tercero, Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel), Ferrocarriles Argentinos, Aerolíneas Argentinas, Empresa Nacional de Correos y Telégrafos, Obras Sanitarias de la Nación, Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires (Segba), Agua y Energía Eléctrica, ATC Argentina Televisora Color Canal 7, Hidroeléctrica Nordpatagónica (Hidronor S.A.).

La "gesta" de las Malvinas se había convertido en un hecho "objetivo", que mirábamos desde afuera como algo triste acontecido allá lejos. Un día aciago, es cierto, como el de la derrota de Vilcapugio y Ayohuma, los argentinos perdieron otra batalla: las Malvinas. Pero nos negamos a comprenderla como la Gran Batalla, la última con la cual culmina la perdición de la Argentina en la que colaboraron casi todos sus habitantes. Todavía seguimos pagando el botín de esa guerra. Esa mayoría, sin cuyo apoyo unánime no hubiera habido guerra, esa muchedumbre ahora más silenciosa que nunca, ¿puede pensar siquiera que por su adhesión activa vivimos este presente en el que estamos ahora?

Han pasado más de treinta años y sus consecuencias siguen vivas. ¿Cuál es el derrotero marcado por estos hitos –las Malvinas es el más importante–- que llevó a sus ciudadanos a entregar y empujar al país hacia la destrucción y la muerte? Isabelita-"Proceso" militar-Genocidio militar- Malvinas-Menemismo patricida-genocidio civil: tal es la serie de la última parte de la tragedia argentina. En ese breve período se consumó la entrega de miles de argentinos a la muerte al mismo tiempo que se nos despojaba de la geografía que constituye la verdad material de aquello que se llama el suelo de la Patria.

Pensemos. La soberanía de un país es la de sus cuerpos ciudadanos vivos. Pero no hay patria "espiritual" si no tiene su asiento en la tierra: nuestra geografía es el suelo materno de nuestra vida colectiva sin el cual nuestra existencia no sería posible. Somos argentinos porque nuestro cuerpo colectivo abarca la materia viva de lo que llamamos patria. La común pertenencia a su geografía define nuestro ser argentinos. Pero la tierra es nuestra y al mismo tiempo no es nuestra: esta contradicción define a la Nación y a la Patria. Simbólicamente todos somos argentinos mientras nos reconocemos en la bandera, el escudo, en el himno, en sus héroes o en sus leyes. Pero ¿qué pasa con la geografía, cuya materialidad viva fue convertida en propiedad privada de ellos, pero sólo en nuestra cuando sus dueños nos mandan a morir por la patria? A la tierra patria sólo se la recupera muriendo, no compartiéndola. Y así en las Malvinas. Los argentinos aceptaron mandar a sus hijos a morir por una patria en el momento mismo en que la entregaban: cuando recordando las islas idealizadas de la escuela primaria alcanzaron la posesión terrenal alucinada más tonta, fetichista y abstracta.

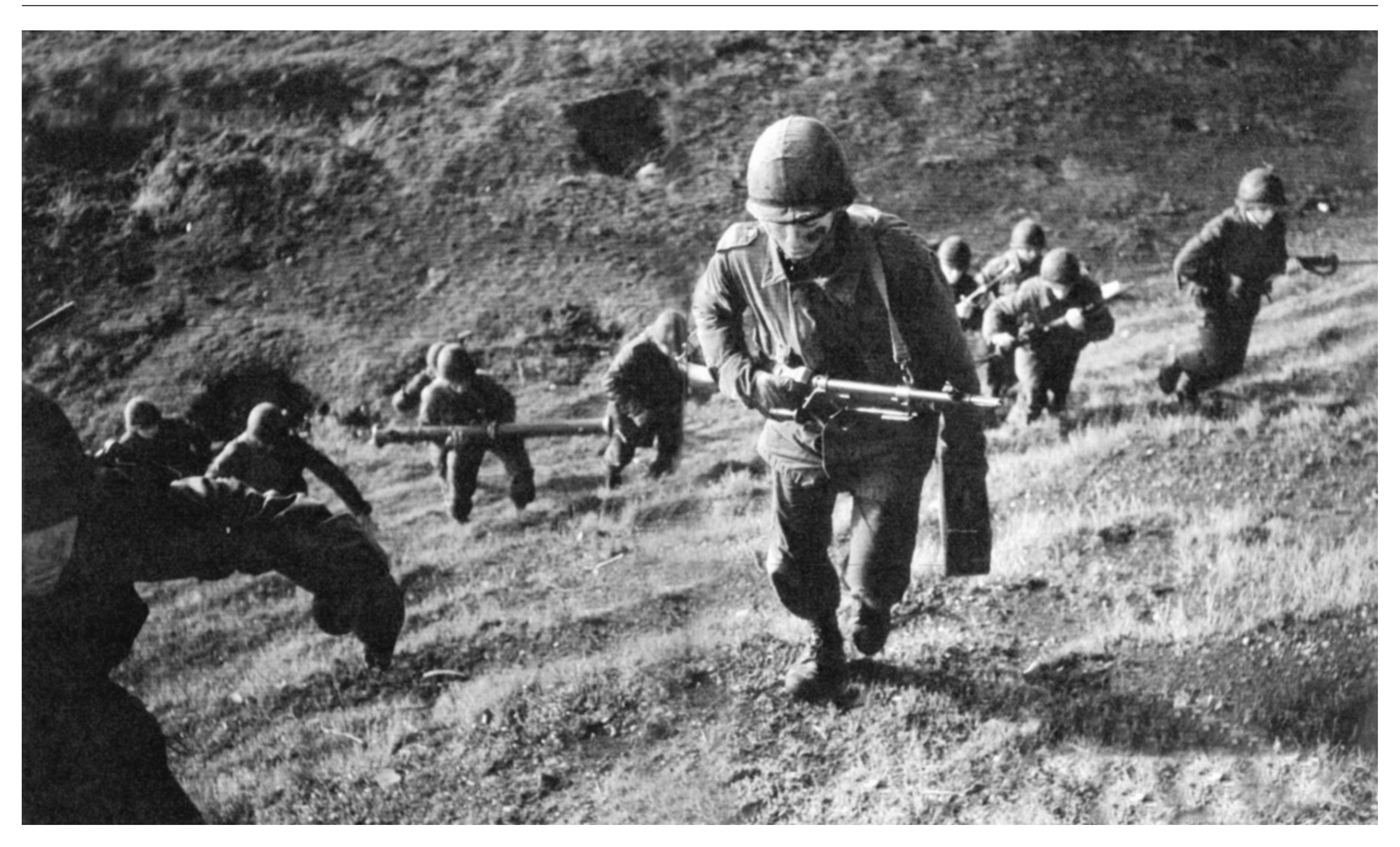
"Los argentinos aceptaron mandar a sus hijos a morir por una patria en el momento mismo en que la entregaban", señala el filósofo León Rozitchner.

La unidad nacional al fin lograda

Malvinas es un acontecimiento crucial en nuestra historia, donde se sella un pacto siniestro que todavía dura: la complicidad de la mayoría de sus habitantes con el terrorismo de Estado. Esa unidad que el terror había anudado aún no ha sido rota. Porque alrededor de la "Reconquista de las Malvinas" convergió la totalidad de sus fuerzas sociales, de derecha y de izquierda. El gobierno genocida y sus cómplices de múltiples poderes, que lo habían instalado para realizar esa faena, genocidas todos, de pronto logra la Unidad Nacional alrededor de la defensa de la soberanía de la patria. ¡Oh maravilla! Lo más temido por la derecha y el imperio, de arriba hasta abajo, arrastrando ahora tras del triunfo ilusorio a todos los habitantes y a miles de jóvenes a perder la vida. Los genocidas ya no fueron sólo los militares, ni los hombres de la Iglesia, ni los financistas, ni los empresarios, ni los directores de los clubes de fútbol, ni los medios: ahora la población mayoritaria los acompañaba. ¿Algún día los argentinos asumirán la responsabilidad que la inocencia hipócrita y dolorosa encubre? Esta Argentina despojada, que relojea el mundo mientras cree que está viva, poblada de almas muertas y de cuerpos difuntos, es el resultado de aquella unidad siniestra, pacto mortal que todavía no pudo ser desanudado entre nosotros.

La guerra de las Malvinas logró el milagro: la unidad más completa que nunca pudo siquiera ser pensada por toda la izquierda –peronista y las otras– se realiza de pronto por arte de magia y con ella se esfuman las contradicciones tan declamadas por la dialéctica abstracta. El clarín de guerra soplado por un general borracho llenaba el hueco imaginario del antiguo dios Marte. ¡Argentina, Argentina! En el balcón, coronado de gloria de la Casa Rosada, un Perón fantaseado seguía agitando sus brazos detrás de Galtieri. Pero esa unidad nos hizo cómplices de sus masacres y borró las líneas de separación de las cuales el temblor y el terror nos habían mantenido alejados. La unidad nacional marcó el extremo límite que alcanzó la ciudadanía argentina en su sometimiento imaginario, allí donde todos los índices de realidad fueron borrados en la gran alucinación colectiva. ¿Hasta qué punto el terror es una explicación suficiente para comprender esta adhesión multitudinaria? Nos volvimos activos cuando podíamos estar quietos y en silencio, como estamos ahora. ¿Sobre qué pasión se apoyaba este desborde inesperado que barría con todos los índices de realidad? El apoyo debía brotar, pensamos entonces, como un condensado de todas las experiencias sociales en las que sus habitantes se habían formado. Las experiencias políticas vividas en el pasado fueron otras tantas formas ilusorias que *desde mucho antes* habían borrado la comprensión de lo que nos pasaba. Tampoco la izquierda había alcanzado a crear con sus acciones valerosas y sus propuestas revolucionarias la apertura de un espacio crítico sin fantasías mortíferas: un campo de lucha desalucinado. Un lugar de sensatez mínima que llevara a comprender las amenazas y las trampas que el sistema nos tiende para hacer de tantos argentinos sus figuras serviles.

Por eso es necesario (deseable diríamos) que la Guerra de Malvinas comience a ser rememorada como lo que realmente fue: una experiencia traumática y trágica de una población cuya historia mediocre sirvió a los designios de quienes nos destruyeron. Que se convierta por fin en una experiencia colectiva que se anime a deshacer, muy a posteriori, la trágica unidad pasada que la desunión actual tiene todavía como fondo: esa unidad alucinada donde todas las diferencias reales, perceptibles, se habían borrado. Para poder enfrentar nuestro propio pasado desde este presente desolado sería preciso que las Malvinas se conviertan en una nueva experiencia social: que a las Malvinas perdidas las transformemos en una recuperación de nosotros mismos, dolorosa sí pero menos mortal, de quienes la perdieron por la decisión colectiva de mandarlos al muere. Pero si sólo sirve la rememoración para hablar de eso que se sigue llamando "gesta", eso significa volver a marcar de rojo al calendario para ocultar la sangre al rojo vivo de quienes allí murieron. En las Malvinas se anudó una complicidad de muerte, pacto siniestro y oscuro que todavía se mantiene en silencio.



"Tengo todo lo mío."
Wireless Ridge (Malvinas),
12 de marzo de 2007

"Mientras no hablemos, mientras no escuchemos, seguimos de algún modo allí"

Un grupo de ex combatientes se reúnen en la cima del Wireless Ridge donde estaban sus trincheras durante la guerra.

Por Federico Lorenz *

Puerto Stanley es una ciudad chica, recorrida de Este a Oeste por la avenida Ross, una costanera ventosa y fría. Toda su vida parece transcurrir por ella: el correo, la casa del gobernador, el Town Hall, el mercado de la Falkland Island Company. Después de las cinco de la tarde, que es cuando todo muere aquí, el lugar para encontrarse con los argentinos desparramados por la capital de Malvinas es esa avenida. Vamos y venimos desorientados por esa ciudad que muere cada día.

Sin embargo, si la cabeza de quienes caminan por las calles azotadas por el viento y la llovizna persistente está orientada por las memorias de la guerra de 1982, esa experiencia es engañosa. Si ese es el caso, Stanley cambia de forma, y se parece a uno de esos libros para chicos que al abrirlos despliegan casas y figuras de cartón, escenas de otros tiempos. El tiempo retrocede. Entonces, ese reloj de agujas gruesas sobre nuestra cabeza se pone blanco y negro y recuerda fotografías de columnas argentinas marchando hacia el Oeste bajo su mirada.

La avenida Ross es el camino que miles de soldados argentinos hicieron durante la guerra, desde el aeropuerto hacia los cerros en los que cavaron sus posiciones y esperaron el ataque británico. Cuando se produjo la retirada, por allí mismo regresaron en desbandada bajo el bombardeo o como prisioneros para ser embarcados rumbo al continente.

Salgo a la tarde, cuando la lluvia amaina, para hacer ese camino. Vale la pena. Es una hermosa costanera, con monumentos a los caídos. Hay uno que perturba especialmente, dedicado por los isleños "a aquellos que nos liberaron", los militares británicos muertos en 1982. El casco semihundido del "Jhelum" es una tentación para los fotógrafos.

Por arte de la memoria y del mismo paisaje, el asfalto de repente se vuelve un camino de ripio barroso y poceado, que acompaña materialmente el viaje en el túnel del tiempo. La única compañía son el viento y los cerros silentes. Hacia el Oeste, los picos del Dos Hermanas aparecen negros y ominosos contra el cielo gris.

Miro hacia atrás, y veo una hilera de hombres marchando hacia mí. Fueron soldados en 1982; hoy son ex combatientes que vuelven a visitar sus antiguas posiciones. Nos conocemos desde antes, y me invitan a subir con ellos. Es un raro privilegio, pues estos días han debido esquivar el asedio de distintos medios, que saben que un grupo numeroso de ellos vino a Malvinas a cerrar un capítulo de su historia. Visitan el lugar en el que podrían haber muerto y en el que vieron a tantos morir.

Cumplir promesas, cerrar heridas, saldar deudas, pasar una noche en la antigua posición: en gran medida es por eso que muchos vuelven, pero a veces esas necesidades personales son incompatibles con los tiempos de la avidez social por las novedades que un aniversario redondo (¡un cuarto de siglo, caramba!) despierta. El tiempo se detuvo para ellos en el momento en el que los marcó indeleblemente con la guerra, aunque hayan seguido viviendo. Para otros no fue así: no sobrevivieron a la batalla, o a su recuerdo.

Pasamos por el lugar donde estuvo el cuartel de los Royal Marines, en Moody Brooke: nada queda de él. Ya reconocieron la cresta del Wireless Ridge, donde estuvieron sus posiciones, y hacia allí vamos.

No tenían pensado llegarse hoy hasta sus *covachas*, las posiciones que ocuparon durante la guerra. Simplemente salieron a caminar después de comer. Pero, como uno de ellos me dice a los gritos, no sé qué fuerza me trae aquí y ahora me atrae, no me deja volver. Y ahora están, detenidos en la base de un cerro: del otro lado está su historia. Para cortar camino, le piden permiso a los gritos a una isleña:

–Can we pass? We want to visit the places where we fought 25 years ago!

–Yes, come in.

Y eso es todo. La mujer ni siquiera dejó de acomodar unas herramientas en la entrada de su casa. Tan sencillo, tan profundo a la vez.

Subimos a los tumbos por la ladera esponjosa y húmeda. De repente asomamos a un valle, que sube suavemente hacia otra loma y allá, a lo lejos, recortado contra el cielo, está el Longdon. Es una visión abrumadora, pero acaso sólo lo sea si pensamos que allí tuvo lugar uno de los combates más feroces de la guerra. Más allá, al Norte, del otro lado de un brazo de agua, hay una casa que ellos conocen demasiado bien: cerca de ella, cuatro de sus compañeros volaron cuando el bote en el que cruzaban para buscar comida chocó contra una mina. Comentan en voz baja, con algún resentimiento, que ahí se veían luces de distintos colores cada noche, pero que tenían prohibido tirarle a la casa.

El faldeo verde está manchado de negro aquí y allá con una frecuencia desazonadora: lo que no son restos de las posiciones argentinas son las marcas de las bombas inglesas que las buscaron.

Me he quedado solo. Los hombres a los que acompañaba van y vienen entre las rocas evocando jornadas y nombres, ríen, gritan y se abrazan cuando esto sucede. Pero al final vence el silencio reflexivo, y sus voces se pierden, además, entre las ráfagas poderosas que vienen del Longdon, allá al Oeste, como una advertencia. Desparramados por el suelo hay restos que representan la vida de esos hombres en los pozos: maderas, frazadas, ponchos, cápsulas servidas, hierros oxidados y cables de teléfono. Uno de los que vuelven, Beto, perdió un brazo durante la guerra, y lo hirieron en el pecho para rematarlo. Recuerda la guerra en tres colores, me dijo antes de venir: negro de la tierra, blanco del humo de la explosión y rojo de su sangre. Servía los morteros que apoyaban a sus compañeros de la Compañía B, que sufrió el ataque inglés en la noche del 11 de junio. Está fascinado por el lugar: levanta piezas de hierro que tras sus palabras cobran vida y permiten imaginar sus acciones; señala los restos de su posición y sencillamente informa que los pozos que la rodean son los cráteres de la artillería inglesa que los buscó para destruirlos. Levanta una caramañola rota, la tira, despliega una frazada mohosa, se mete en un pozo semiderruido, toma unas cápsulas servidas, alza un caño que usaron de antena para la radio... nos mira desde lo alto, conmovido, y dice simplemente: "Tengo todo lo mío".

Parece que hasta el viento ha cesado por un instante, pero no es así. Sólo es la ladera del cerro que nos repara. Cuando llegamos al filo del Wireless Ridge, ya de regreso, sus aullidos nos recuerdan que siempre estará allí, custodiando las cosas con las que Beto fue a la guerra, lo que de él dejó en Malvinas, a los que no volvieron, a los que jamás se pudieron ir del todo de las islas, recordándonos que en realidad todos, mientras no hablemos, mientras no escuchemos, seguimos de algún modo allí.

* *Licenciado en historia, coordinador y capacitador del CEPA (Secretaría de Educación al gobierno de la ciudad). Autor de* Las guerras por Malvinas *y de* Cruces, idas y vueltas por Malvinas*, junto con María Laura Guembe.*